

Al arco de triunfo

(De Victor Hugo)

I

Tú, cuya curva que doró el poniente
De lejos se ve azul, la altiva frente,
Arco gigante, elevas tan airosa,
Que a tus pies es abismo la pradera
Y que servir de pedestal pudiera
A un águila de bronce majestuosa.

Oh montón cincelado por la Historia!
Piedras aglomeradas por la Gloria!
El hombre en quien empieza
El siglo su carrera, desde lejos
De inmenso porvenir a los reflejos,
Contempló tu grandeza.

Mas completo no estás, aun cuando asombra
Tu majestad: desde gramínea alfombra
Su profunda mirada el caminante
En tus muros no fija; y errabunda
Entre tus bases multitud abunda
Como hormigas al pie de un elefante.

Falta algo que realce tu hermosura!
Completará tu gloria edad futura!
Sí, falta a tu grandeza
Que de años un cúmulo sombrío
Baje en desorden por el mármol frío
De tu hendida cabeza.

Te faltan las arrugas, el pasado—
Pirámide inmortal donde ha dejado
Cada siglo una piedra—la moldura
Rota; bajo la bóveda el ruido
Vago con el silencio confundido,
Voz de un tiempo lejano que murmura.

Un pasado le falta al edificio
Que nos recuerde el triunfo, el sacrificio,
La edad que pulveriza;
Que al hollar su recinto respiremos
De la tumba en el polvo, que elevemos
La olvidada ceniza.

Que el frontón como un árbol se deshoje,
Que el líquen en los mármoles se aloje
Y cubra con su lepra el vasto muro;
Que la vejez, del arte destructora,
Devore la escultura cual devora
Con ansia el ave el fruto ya maduro.

Que esté gastada de tu umbral la piedra,
Trepé en el muerto acanto viva yedra
Y el foso no derrame;
Que la antigua cariátide, abrumada
Por la grave archivolta, rebelada
«Ya basta» al fin exclame.

Sólo entre ruinas de esplendor desnudas
Gimen brisas y noches como viudas.
Cuán bellos los alcázares parecen
Tornados en escombros! Sólo entre ellos
De la luna los plácidos destellos
Se quiebran en la sombra y palidecen!

Si queréis que un santuario que alzó el hombre
Sea monumento de inmortal renombre,
Y que el alma idealiza;
Dejad que el Tiempo las estatuas libre,
Y cubra el muro que a los cielos se abre
De musgo que tapiza.

Falta que anciano de vivir prolijo
Ante tus muros venga con su hijo,
Y a Bonaparte nombre cual se nombra
A Ciro, y, «Treinta siglos han rodado
Bajo esta puerta» diga, «y ha pasado
Inmensa multitud como una sombra».

I I

París, villa maternal !
Lugar de excelso destino !
Do efímero torbellino
Gira en un centro eternal.

Fuego oscuro, astro brillante,
Isis envuelta en crespones,
Araña que a las naciones
Tiende su tela gigante.

Fuente que de urnas rodea
Un enjambre, seno henchido
A donde el orbe ha venido
A nutrirse de la idea.

Cuando trabaja a la lumbre
De su fragua, torna leyes,
Dioses, pueblos, usos, reyes,
En confusa muchedumbre ;

De su hornaza en los carbonos
Funde allí como metal
Esa ciencia universal
Que arrebató a las naciones ;

Y devuelve a los humanos
Sus cetros y sus diademas,
Sus ideas, sus sistemas,
Retorcidos por sus manos.

París guarda con fe vaga
Haces e incienso a porfía ;
Enciende un sol cada día
Y por la tarde lo apaga.

Con la ciencia y el anhelo,
Con la espada y con la idea,
La escala concibe y crea
Que va de la tierra al cielo.

De Menfis y Roma al par,
Alza, aunque el siglo se asombre,
Una Babel para el hombre,
A cada dios un altar.

Ciudad envuelta en fragor
De tempestad incesante,
Despierta a Europa gigante
Con su bronce y su tambor.

Esta al dormir o al velar,
Oye la ciudad disforme
Sobre su cabeza enorme
Como enjambre resonar.

París habla ¡ Quién pudiera
Saber, misterio profundo,
Cuánto perdería el mundo
Si París enmudeciera !

I I I

Mas al fin callaráse. Cuando inmensos espacios
De auroras y de años, de siglos se sucedan ;
Y se eleven los juncos murmurantes y lacios
Do las ondas del río bajo altos puentes ruedan ;

Cuando el Sena obstruído por rotos monumentos
Haya arrastrado torres, del muro los sillares ;
Y escuche que a las nubes llevan los dulces vientos
El rumor de los bosques, del ave los cantares ;

Cuando aparezca blanco entre la espesa sombra
Alegre adormeciendo su caudal enturbiado,
Oyendo aquellas voces que ningún mortal nombra
Y pasan vagamente bajo el cielo estrellado ;

Cuando esta ciudad loca torne sus monumentos
Con su martillo en ruinas y quede al fin desierta ;
El mármol de sus muros lo trueque en pavimentos,
Y en monedas sus bronces históricos convierta ;

Cuando de techos, torres y calles tortuosas,
Frontones, arcos, cúpulas, rebosantes de orgullo,
Que de esta ciudad llena de voces tumultuosas
Forman un hormiguero henchido de murmullo:

Tan sólo como restos magníficos del arte,
Por la llanura inmensa sin orden derramadas
Se eleven la columna triunfal de Bonaparte
Las torres de granito por Carlomagno alzadas;

Arco, también tú altivo levantarás la frente,
La Fe será el granito, la Gloria el duro bronce:
«Escalando mis muros, a mi altura eminente
Solo llegar podráse», exclamarás entonces.

Salve! dirás al Templo, que con orgullo ostenta
De yedras y de musgos el manto entretejido,
Y al pilar majestuoso que altivo se presenta
O cual clarín enorme de algún titán caído.

Sobre esas dos reliquias, dos signos triunfadores,
De lejos semejantes, verás a la alborada
Lanzar entre las ruinas brillantes resplandores;
Una cruz es el uno, el otro es una espada.

Dormirán treinta siglos bajo tu augusto manto.
La columna es el himno de un reino que se anuncia;
Tu serás el que alegre terminarás el canto.
Si ella Austerlitz proclama, tú Champauber pronuncia.

I V

Serás eterno. Cuando el Sena triste
No torne a reflejar lo que hoy existe;
Cuando de esta ciudad cuyo renombre
Como el de Roma va de polo a polo
Entre el montón de ruinas queden sólo
En pie un ángel, un águila y un hombre,

Te admirarán el sabio y el poeta,
Cuya alma busca tu pasado inquieta,
Vivo a tí, de París ya muerto al lado.
Levantarán la yedra con anhelo
Para verte mejor cual se alza el velo
De la efigie de agosto antepasado.

De Francia buscarán en tus murallas
Los héroes, las costumbres, las batallas;
Ver crearán, grandioso monumento,
En tu friso gastado, pensativos
El pueblo egregio con su armada, vivos,
Y exclamarán con asombrado acento:

«El Regimiento ved, feral serpiente,
Que arrastra sus escamas lentamente
Sobre mil pies, circunda en sus furoros
Torres, taladra la muralla espesa,
Y ondulando, ciudades atraviesa
Al compás de los roncós atambores.

«Entre guerreros ved a Bonaparte!
A las lejanas tierras a do parte
En su carroza, taciturno piensa
Si al vencedor de Arbelas o al de Canas
O al que rigió las águilas romanas
Segura en el combate o la defensa.

«Ved de bocas tonantes los cañones
Que barren como polvo las legiones,
Derriban los alcázares, el puente,
Las torres, las murallas almenadas,
Y abren calle al través de las moradas
Cual un arado con el corvo diente».

Mostraráles tu frente taciturna
Cuantos recuerdos sobre tí la urna
Haya al pasar el Tiempo derramado,
Ellos harán brotar la antigua historia,
Y tu cimera al coronar de gloria
Clamarán con acento lastimado:

«Cuán grande fuiste tú en edad pasada!
Si no estuviera en ruina tu fachada
Quizás hallar pudiéramos fragmentos!
Pero el Tiempo que siembra musgo y yedra
Aja el libro lo mismo que la piedra,
Del humano saber los monumentos!»

V

No, el Tiempo no gasta nada.
¡ Cuánta modesta portada
Desprovista de belleza,
Ha llegado a la grandeza
Por los años transformada !

Ah ! Sobre los monumentos
Que contemplamos atentos
Grave encanto lentamente
El Tiempo desde la frente
Derrama hasta los cimientos !

Si él les gasta la tersura,
Si su rota vestidura
En polvo menudo torna,
Con ropajes las adorna
Llenos de más hermosura.

Surca una clave indigente ;
Con su dedo inteligente
Del mármol el filo gasta,
Y en hidra de piedra engasta
El cuerpo de ágil serpiente.

Tal vez techo envejecido
Sonreirá complacido
Al ver al Tiempo quitar
Un mármol, y en su lugar
Poner un rústico nido.

El os acogerá ! él que derrama
Olor de madreSelva que embalsama
Los pisos do quizás huesos blanquean ;
Y entre las esculturas escondidos
Tiene de paja y de vellón los nidos
De pájaros que trinan y aletean.

Si entre la verde avenida
Ve que se levanta erguida
Alguna Venus desnuda
Sobre la yerba menuda,
El la protege, la cuida.

El su desnudez defiende ;
Manto de hojas suspende
De su cintura gentil,
Y a sus pies flores extiende
Bello mosaico de abril.

Entre los mármoles yertos
De los escombros desiertos
Siempre hablando con dulzura
Al espíritu ; perdura
La memoria de los muertos.

Sus recuerdos en la mente
Van cayendo lentamente
Como manantial que brota
Y va a caer gota a gota
En el tazón de una fuente.

VI

Mas ay ! dice la Historia,
Cuántos secretos el pasado encubre
Cuya mancha en los muros se descubre
Cubiertos por la edad de negra escoria !

Cualquier templo de ruinas rodeado
Es agosto monarca destronado.
Es la gloria mayor do no hay murmullo
Venecia está de duelo y triste Roma ;
Siempre el primer frontón que se desploma
Es el que erige el arrogante orgullo.

De Albión oculta Atenas las pisadas,
Al gemir de sus torres mutiladas
Piensa en el griego artista, cuya mano
Dirigiendo los dóciles buriles,
Estampó del granito en los perfiles
Algo divino del ingenio humano.

De Tebas en los templos serpentea,
Víbora de mirada que chispea,
En torno a una columna torneada ;
Sólo un águila grande abate el vuelo
En los pilares de Ramsés que al suelo
Caen como corteza ya gastada.

De Gur en los escombros, do el buho gime,
El tigre el paso los bambús oprime
De donde el calvo buitres se ha elevado ;
Y la leona la brillante tropa
De ciegos hijos que su vientre arropa
Coloca al pie de muro retirado.

Palenque entre verdosos cenegales
Yace; de los espesos matorrales
Mueve el reptil las hojas retostadas;
Bosques poblados de vistosas aves
Ocultan sus columnas y arquitrabes
Con sus ramas de frutas agobiadas.

Bajo portal normando
Jumiéges, que su dolor está ocultando,
Oye sobre sus tumbas cual gorjean
Las aves, y en el negro pavimento
Ve cual descienden al soplar del viento
De palomas las plumas que blanquean.

Como madre que oculta en su quebranto
Al hijo encarnecido bajo el manto ;
De arena esconde entre ropajes grises
Egipto a sus colosos afrentados ;
Fueron sus nobles rostros aplastados
Por las plantas brutales de Cambrises.

El Tiempo oculta afrentas : toda ruina
Ante un pasado criminal se inclina !

V I I

Mas a tu noble majestad, oh ! nada
Podrá manchar, veráse inmaculada
La piedra de tu muro, augusta puerta ;
Tu desnudez ostentárase pura
Y a contemplar los pueblos tu hermosura
Vendrán con la cabeza descubierta !

El pastor recostado entre gramales
Verá girar las águilas caudales
En torno de tu cumbre; las encinas
Fijarán las raíces en tus grietas,
Y de la gloria al són de las trompetas
Vendrán los siglos a admirar tus ruinas.

Ninguna infamia su borrón apuro
Se atreverá a estampar sobre tu muro
Por do baja del tiempo la corriente
Derramando negrura ; tú a los lampos
De la luna, verás sobre estos campos
Columna y torres levantar su frente.

De tu base en edades muy remotas
No filtrarán de sangre negras gotas.
Ninguna infamia que tus glorias aje,
Que germinando al pie de tu cimiento
Haga sombra a tu cuna, oh monumento !
Mezclará a tus laureles su follaje.

Cuánta ciudad de sangre sustentada,
 Hoy entre sus cenizas sepultada,
 Llena estuvo de pompa y de renombre!
 Mas ordenóle Dios a la natura
 Que arruinara la hermosa arquitectura
 Que usó para sus crímenes el hombre:

Destruyóla. Visítanla chacales;
 Los muros van cayendo entre fangales!
 Duerme el agua so cúpula caída;
 Sobre un Nerón de piedra, brinca alada
 La corza, del impuro en la morada,
 Han formado los tigres su guarida!

VIII

Oh! cuando llegue el porvenir lejano
 Y treinta siglos nuestro polvo vano
 Hayan pisado, y ya de nuestras fosas
 No queden ni las huellas, si un viajero
 Sube del día al rayo postrimero
 De algún monte a las cumbres silenciosas,

Oh! con cuánto terror y cuánto asombro
 Verá a París tornado en un escombros!
 Y si es entonces el instante acaso
 En que de la tarde los vapores
 Descienden a velar los resplandores,
 Del carmín encendido del ocaso;

Cuando bajo la bóveda tranquila
 Su oscura masa el árbol ya perfila,
 Al través de esa sombra en que despierta
 Véspero, y duermen las silvestres flores,
 Cómo verá entre pálidos fulgores
 Esa llanura lúgubre y desierta!

Cómo verá aumentarse lentamente
 La oscuridad que cual turbión hirviente
 Que sin cesar sus ondas va aumentando
 Absorbe el prado, la ladera, el monte,
 Y devora por fin el horizonte
 Cuando la negra noche va avanzando!

En esa hora sombría en que parece
 Que todo cuanto existe desaparece,
 Cómo con inquietud, con su mirada
 Buscará en ese campo ya dormido
 Los mármoles que guardan el ruido
 De tiempos que se hundieron en la nada!

Cuál sus oídos estarán atentos
 A los vagos rumores de los vientos!
 Quizá verá en la roca, en las portadas,
 En el árbol de añosa cabellera
 Que se mece del río en la ribera,
 Figuras misteriosas reclinadas.

Cómo de aquella tumba indefinida
 En el silencio, buscará la vida!
 Cómo en su mente haciéndose ilusiones,
 Al través de la noche y los ramajes
 Del bosque, pasajeros y carruajes
 Verá raudos pasar como visiones!

Mas nada existirá. Con amargura
 Verá sólo en la lúgubre llanura
 Donde la augusta soledad asiste,
 Los ojos del mortal por siempre muertos,
 De Dios los ojos sobre el orbe abiertos
 El polvo de un gran pueblo que hoy existe.

Un arco, una columna y tras la bruma,
 En medio de ese río cuya espuma
 Se siente hervir, un templo reclinado,
 Oh espectáculo! Así concluye el mundo!
 Para el que pase, un piélago profundo
 Y un peso abrumador será el pasado!

Y más si aquella noche tan sombría
Trae el recuerdo de un grandioso día
En que el gran Bonaparte de la gloria
En su bélica tienda se soñaba
Con los lauros, y al cabo despertaba
Con el alba de espléndida victoria.

En fin, cuando la noche haya avanzado,
Y ya el viajero de escuchar cansado,
De ese mundo hecho polvo en la pendiente,
De codos sobre el borde de esa nada,
Do no gime ni un alma desolada,
Y torne a su camino lentamente ;

Cuando en ese extensísimo desierto
Nadie profane con su paso incierto
Esa pureza que París o Atenas
Deben mostrar ante los hombres ; cuando
Siga en la noche soledad sembrando
En silencio y ya libre de cadenas ;

Si vela en la llanura algún viviente
Verá tal vez de súbito en tu frente
De una llama surgir los resplandores,
Y herida por los últimos reflejos
Moverse la columna allá a lo lejos
Y encenderse también en tus fulgores.

Tus guerreros de bronce y tus soldados
De granito sus párpados pesados
Abrirán de improviso sin estruendo ;
Y oh proféticos sueños misteriosos !
Cómo a la voz de magos fabulosos
Las estatuas iránse estremeciendo.

El águila magnífica de bronce
Dormida en tus alturas hasta entonces,
Levantándose apenas en tu cumbre,
Sacudirá sus alas eternas
Sobre esos adalides inmortales
Bañados de sus ojos en la lumbre.

Mas ¿quién en remotísimas edades
Hará surgir visiones, claridades,
Esa voz misteriosa y peregrina
Que agite en tu fachada a los guerreros
Cual agitan las hojas austros fieros
En rededor de la robusta encina ?

Misterio. Dios lo sabe ! En ese instante
El uno al otro le dirá ; adelante !
Los héroes que por largas espirales
De bronce se elevaron hasta el cielo,
Los héroes que quedaron en el suelo
Fijos sobre marmóreos pedestales,

Aguijando los rápidos corceles
Lanzaránse a la lides en tropeles.
De los parches las marchas redobladas,
De las cornetas y el clarín los sonos,
Los gritos, el chocar de los bridones
Brotarán de las piedras cinceladas !

Encima del pilar entre metrallas,
Tocarán sus trompetas cien batallas.
Por las campiñas por do huyó disperso
El vencido rival con pies veloces,
La Fama con su trompa de mil voces
Cantará la victoria al universo.

Por tí serán los triunfos repetidos.
Después en ambas cimas los ruidos
Cesarán ; de los prados en la alfombra
Veráse al pueblo celebrar su fiesta,
Y el templo (1) con su cruz brillante enhiesta,
Vago Te Deum cantará en la sombra.

Vé, monumento, el sueño que el poeta
Comienza ante tus plantas cual profeta !
Pedestal digno sólo del Tonante !
Arco hoy guerrero, religioso un día,
Sueño que en tí labró la fantasía
Portada del palacio de un gigante !

1) *Nôtre Dame*

De musgo al revestir tus esculturas,
Al mirar al través de las futuras
Edades en tu muro constelado
De tus héroes los nombres fulgurantes,
Como al través de ramas los diamantes
Se ven brillar en cielos estrellados,

Y al ponderar tu venerable frente,
Mirando el hondo porvenir presente,
Ante tí me prosterno anonadado ;
Pero hijo amante como soy y artista,
Fidias ausente, mi ánimo contrista,
Y el nombre de mi padre aquí olvidado.

RUPERTO S. GÓMEZ

